A high-contrast, black and white close-up portrait of Gabriel Garcia Marquez. He is looking directly at the camera with a serious expression. His face is heavily wrinkled, particularly around the eyes and forehead. He has a mustache and is wearing a patterned garment, possibly a sweater or jacket, visible on the left side of the frame. The background is dark and out of focus.

**GABRIEL
GARCIA
MARQUEZ
EN
"INDICE"**

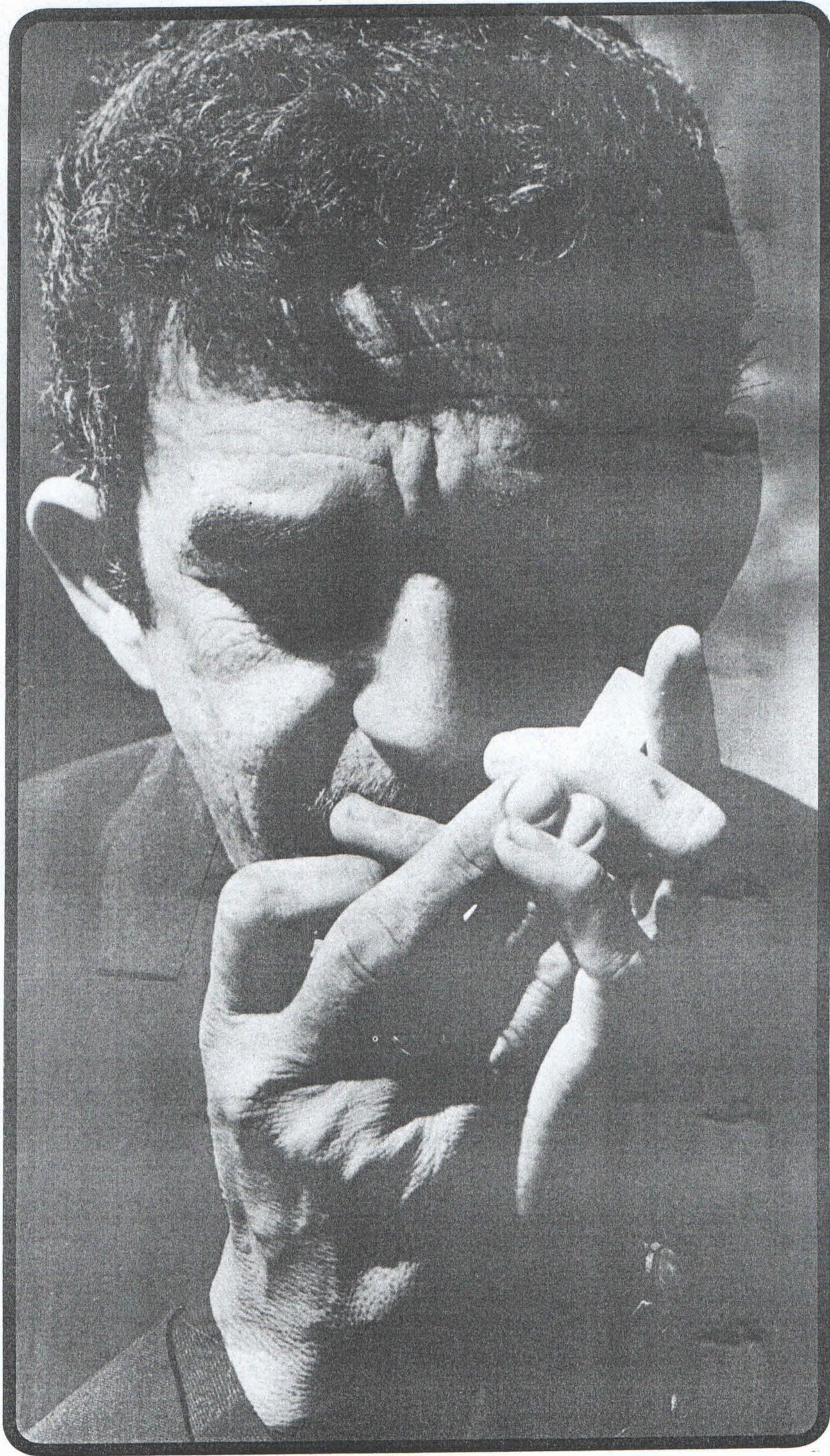


FOTO: SARA FACIO - ALICIA D'AMICO

YO, señor, me llamo Gabriel García Márquez. Lo siento: a mí tampoco me gusta ese nombre, porque es una sarta de lugares comunes que nunca he logrado identificar conmigo. Nací en Aracataca, Colombia, hace casi cuarenta años [hoy serían cuarenta y dos] y todavía no me arrepiento. Mi signo es Piscis y mi mujer es Mercedes. Esas son las dos cosas más importantes que me han ocurrido en la vida, porque gracias a ellas, al menos hasta ahora, he logrado sobrevivir escribiendo.

Soy escritor por timidez. Mi verdadera vocación es la de prestidigitador, pero me ofusco tanto tratando de hacer un truco, que he tenido que refugiarme en la soledad de la literatura. Ambas actividades, en todo caso, conducen a único que me ha interesado desde niño: que mis amigos me quieran más.

En mi caso, el ser escritor es un mérito descomunal, porque soy muy bruto para escribir. He tenido que someterme a una disciplina atroz para terminar media página en ocho horas de trabajo; peleo a trompadas con cada palabra y casi siempre es ella quien sale ganando, pero soy tan testaduro que he logrado publicar cuatro libros en veinte años. El quinto, que estoy escribiendo, va más despacio que los otros, porque entre los acreedores y una neuralgia me quedan muy pocas horas libres.

Nunca hablo de literatura, porque no sé lo que es, y además estoy convencido de que el mundo sería igual sin ella. En cambio, estoy convencido de que sería completamente distinto si no existiera la policía. Pienso, por tanto, que habría sido más útil a la humanidad si en vez de escritor fuera terrorista.

GABRIEL GARCIA MARQUE

(Este texto autobiográfico —o «autosemblanza» precede al cuento *En este pueblo no hay ladron séptimo* de los que integran el volumen antológico *Los diez mandamientos*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1966.)

Gabriel García Márquez

Armando Rubén Puente

Si figurase en uno de los cuadros de su compatriota Fernando Botero, entre señoras inmensamente gordas bañándose en el mar, no causaría extrañeza. Aunque, quizá, su cara de buhonero disfrazado, con unas pobladas cejas y un gran bigote despertaría sospechas. Se comprende que en la racista Atlanta los cantineros yanquis le impidieran la entrada cuando, en una de las encrucijadas de su vida, rompió con Nueva York y el periodismo y, con cien dólares en el bolsillo, una mujer y un hijo, decidió marchar a México en autobús, atravesando el fabuloso condado de Yorknapatawpha, creado por uno de sus maestros, William Faulkner.

En Barcelona, donde ahora acampa, el falso buhonero no llama la atención, ni en Vallcarca, donde alquila un piso indefinido, ni en el barrio Chino, cuyas tascas suele frecuentar por las noches con amigos escritores.

Gabriel García Márquez —Gabo para los amigos— se siente en Barcelona como en su casa; aunque cabría preguntarse si este trotamundos se ha sentido alguna vez incómodo en algún sitio: en París, en Caracas o en México, donde ha pasado largos períodos de su vida intensa. Pero estaba llamado a residir en Barcelona. Un catalán, el librero Ramón Vinyes, que presidía la tertulia del café Colombia, allá en la Barranquilla de los años jóvenes, le dejó una huella espiritual. García Márquez, en secreto homenaje, lo ha eternizado en uno o en varios de los personajes que habitan el mundo de Macondo: es el científico soñador que con el astrolabio, la brújula y el sextante descubrió fascinado que

el mundo era redondo como una naranja y que aún intenta —obstinado— fabricar la piedra filosofal.

Catalanes eran muchos de los amigos que frecuentaban la elegante casa del barrio de San Angel Inn o los que encontraba en la zona rosa de la Ciudad de México. Catalana era su agente, Carmen Ballcells.

—Hasta que un día le dije a Mercedes, mi mujer: Mira para estar viviendo entre catalanes es mejor que nos vayamos a Barcelona, explica García Márquez, reelaborando literariamente la realidad.

Quizá vino a Barcelona porque la vida es más barata; quizá porque le era más cómodo resolver sus asuntos con Carmen Ballcells, ahora que se ha convertido en un escritor conocido en todo el mundo, y que tiene que ocuparse de las traducciones al rumano y al holandés, firmar el contrato con una editorial finlandesa, y cobrar los derechos de autor de los primeros ejemplares de la edición italiana.

Una conversación con García Márquez tiene el mismo hechizo que sus obras. Como ellas también, es intencionalmente imprecisa, con frases y palabras que conducen por caminos inconclusos o que llevan a un mundo mágico, mixtificado. Quizás por eso él, que es un infatigable conversador, se niega con pavor a aceptar que la charla se grabe en un magnetófono. Porque pudiera haber alguien que luego volviera a escucharla una y otra vez, hasta disecarla y desmenuzarla, y descubriera algún truco de buhonero.

O quién sabe si la verdad es más simple y la clave está cuando dice: Mira, aquí los periodistas te fastidian menos.

Yo he visto a Vargas en Lima o a Cortázar en Buenos Aires descuartizados y tratados como Sofía Loren...

Mientras toma unos tragos y propone una salida, para seguir bebiendo y prolongar la charla, va desgranando, laberínticamente, su biografía, en la que, como en sus cuentos y novelas, hay episodios intencionalmente olvidados y recreados o personajes fabulosos, míticos... La conversación es espontánea, pero se percibe que, tras su aire de abandono, García Márquez calcula y mide cada una de sus frases.

El 16 de marzo último cumplió los cuarenta y un años. Recuerda y le gusta hablar de sus abuelos, con quienes se crió en Aracataca, cerca de la costa atlántica de Santa Marta, en una casona grande y poblada de fantasmas y leyendas. Recuerda a su abuela, enlutada, que con su historia alimentó la imaginación infantil y ayudó a crear un mundo, y a su abuelo —(la figura más importante de mi vida)—, que había sido soldado en las guerras civiles colombianas. Su abuelo murió cuando él tenía ocho años. (Desde entonces, no me ha ocurrido nada interesante). Los años en Bogotá, sus estudios secundarios y su paso por la Facultad de Derecho son una etapa de la vida que parece haber olvidado.

Su vida como escritor comienza a los dieciocho años, cuando el suplemento literario de El Espectador le publica un cuento. Empezó a trabajar en la redacción del diario liberal, lee y se siente seducido por Kafka, tiene tiempo para pasar temporadas en Barranquilla y frecuentar la tertulia donde predica el catalán Ramón Vinyes. La segunda Guerra

Mundial ha terminado y se han acallado las polémicas que desencadenó la guerra de España. El 9 de abril de 1948, Jorge Eliécer Gaitán, jefe del partido liberal, cae asesinado en la calle Real, que va de la catedral a la plaza de Santander. Un huracán popular, desencadenado por la muerte de su líder, asola el centro de la capital. Es el bogotazo. El general Marshall, que preside la delegación de los Estados Unidos en la IX Conferencia Panamericana, reunida allí aquellos días, sentencia: comunismo.

Gabriel García Márquez tenía entonces veinte años y era periodista de un diario liberal. Los conservadores acababan de instalarse en el poder. La violencia se había desatado en las zonas campesinas; las chozas y las aldeas ardían, las gentes abandonaban las tierras.

Había comenzado un incendio que veinte años más tarde aún no se ha extinguido. Una nueva guerra civil innominada. Pero al recordar su vida, el escritor no evoca estos episodios. En realidad, nunca habla de política, lo que no quiere decir que no tenga ideas políticas sólidamente asentadas.

Para entonces ya ha nacido y comienza a crecer en su imaginación el mundo de Macondo. Entretanto, ha descubierto a Faulkner y a Virginia Woolf. En 1952 escribe *La hojarasca*, donde está en germen todo ese mundo, y empieza a noviar con Mercedes, una muchacha barranquillera, de piel canela y ojos serenos y profundos, que luego será su mujer y su báculo en el peregrinaje por países y años.

En 1954, *El Espectador* lo envía como corresponsal a Europa. García Márquez se instala en Roma y sigue un curso de dirección en el Centro Cinematográfico Experimental; pasea por la Europa oriental, en plena etapa de la guerra fría, y decide fijar su residencia en París. El general Gustavo Rojas Pinilla clausura *El Espectador*, y así se queda sin el giro en dólares que recibía mensualmente. No es una situación inédita para un hispanoamericano en París; probablemente la dueña del hotel ha tenido otros huéspedes semejantes y... le concede crédito. Las deudas se van acumulando y alcanzan una cifra que resulta impresionante en viejos francos: 120.000. García Márquez vive la bohemia del barrio latino, al tiempo que va dando forma a la segunda de sus obras, *El Coronel no tiene quien le escriba*.

Como su criatura literaria, lo espera todo del correo, mientras lleva su pobreza con la dignidad y picaresca de un hidalgo. Pero si el coronel esperó inútilmente quince años —y quién sabe cuántos más—, García Márquez y su patrona parisiense tuvieron mejor suerte. *La hojarasca* fue editada en Bogotá y acogida con entusiasmo por la crítica.

Saldadas las deudas, el escritor volvió a su patria y se casó con Mercedes. No tardó mucho en irse a Caracas a trabajar para las revistas *Elite* y *Momento* y asistir al sonoro derrumbamiento de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. Pero ya su vocación estaba definida: allí nació *La mala hora*.

El 1 de enero de 1959, Fidel Castro entró en La Habana. Llevaba una blanca paloma en el hombro y tras sí la fe deslumbrada de la juventud de América. Gar-

Los funerales de Mamá Grande y otros cuentos sobre Macondo dice el cartel al fondo de Gabriel García Márquez, escenificados en el tradicional Teatro Colón de Colombia.

(AMEX)



cía Márquez comenzó a trabajar en su agencia, Prensa Latina, primero en Caracas y luego en Nueva York, y fue testigo del zapatazo de Kruschev en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Entretanto, su nombre era ya popular en Colombia; se habían vendido 30.000 ejemplares de *La hojarasca* en la edición de la Organización Internacional de Festivales del Libro, y se había editado *El Coronel no tiene quien le escriba*.

Fue entonces cuando dejó Prensa Latina, tomó un autobús y, atravesando el sur de los Estados Unidos de la mano de Faulkner, llegó a México. Tenía 20 dólares en el bolsillo y una gran experiencia. Por eso no se asustó. Alquiló un chalet en el barrio de San Angel Inn, al



(AMEX)

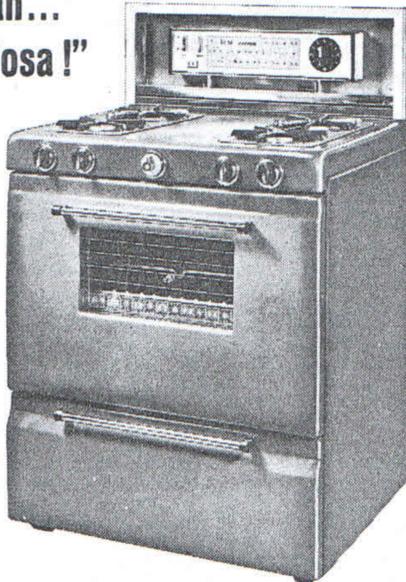


precio de 2,500 pesos mensuales, y miró a la vida con optimismo, como el coronel, como José Arcadio Buendía, como tantos de sus hijos. Vivió del cine, haciendo guiones, y no de la literatura, aunque su figura siguiera afianzándose en el mundo de las letras. **Los funerales de la Mamá Grande** se editó en México en 1962; **La mala hora** obtuvo aquel mismo año en Bogotá el premio del concurso Esso Colombiana y fue publicada al año siguiente en España. (Un corrector de pruebas se permitió cambiar ciertos términos y almidonar el estilo, en nombre de la pureza del lenguaje, y quién sabe si también de la censura). México era ya como su casa, había sido conquistado. Tenía centenares de conocidos y muchos amigos.

Gabriel García Márquez inició su vida como escritor a los 18 años. Su vida al igual que la de otros famosos personajes de la literatura está llena de sinsabores y penas.

AHORRE TIEMPO ENVIANDO SUS CARTAS POR VIA AEREA.

“...ya vi la estufa que quiero, mi amor... la nueva cobrizada de IEM-Tappan... ¡está preciosa!”



**cómo da
comodidad**



en el hogar

Si, es una estufa preciosa por su esmaltado en cobre y por el excelente acabado de todas las estufas IEM-Tappan. Cuando vaya por ella, examínela. Abra el horno con nuestro exclusivo sello de silicón, vea sus quemadores de hierro y su copete de lujo. Véala bien. Con nuestras estufas se confirma aquello de que “de la vista nace el amor”

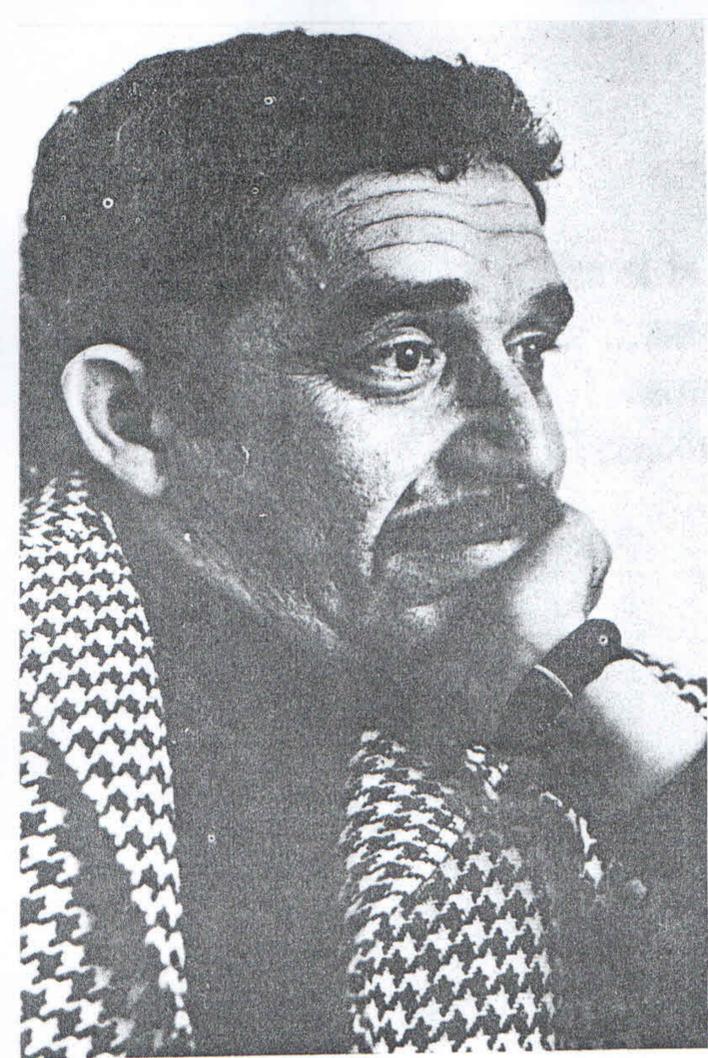
VIANA Y CIA., S. A.
Niño Perdido N.º 10
México 1, D. F.

LINEA BLANCA, S. A.
Colima N.º 330
México 7, D. F.

EXCLUSIVAS DE TELEVISION, S. A.
Pino Suárez N.º 79-G-H
México 3, D. F.

TALAVERA, S. A.
Niño Perdido y Lucas Alamán
México, D. F.

IMPORTADORA NECCHI, S. A.
Ayuntamiento N.º 44-1,
México, D. F.



La figura más importante de su vida —afirma García Márquez— fue su abuelo, quien fuera soldado en las guerras civiles de la República de Colombia. Ahí en la casona grande y llena de leyendas su abuela atizó su imaginación juvenil y los cuentos del abuelo sobre la guerra avivaron su ingenio futuro como escritor.

Un día de 1965, cuando conducía su coche de México a Acapulco, nació **Cien años de soledad**. Mejor dicho, estalló. Vio la obra entera. Abandonó todo —el cine, el deambular por los clubs de los alrededores del Ángel y los amigos y se encerró a escribir sin descanso. Al cabo de un año y medio la novela estaba terminada y él cubierto de deudas. Las deudas de París se habían centuplicado: no eran en viejos francos de la IV República, sino en pesos mexicanos, saneados por el turismo y el boom económico. Como José Arcadio Buendía, García Márquez podía haberse dejado arrastrar por su imaginación hacia un estado delirante y en su laboratorio de daguerrotipia busca la prueba científica de la existencia de Dios. José Arcadio tenía a su lado a Ursula, Gabriel a Mercedes; una y otra pugnaban en el hogar por preservar el sentido común; ellas eran —y son— el orden y la estabilidad junto a sus hombres soñadores, niños grandes capaces de cualquier genialidad y cualquier debilidad.

Cien años de soledad fue publicada al año siguiente, en 1967; y constituyó la revelación definitiva de Gabriel García

Márquez. Su nombre quedó desde entonces enlazado a los de Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo y Juan Carlos Onetti, mariscales de la nueva literatura en lengua castellana.

Como una emperatriz Soraya, huyendo del asedio de sus antiguos colegas, los periodistas, de sus magnetófonos y de las cámaras de televisión, García Márquez vino a España, a fines de 1967, y se instaló en Barcelona. Aquí los novelistas y los poetas no han entrado aún en el paraíso de los futbolistas y las estrellas de los festivales, y pueden pasearse por las calles y emborracharse en las tabernas sin que nadie les preste atención. Gabriel García Márquez será tomado por un marinero llegado de Beirut o de Alejandría, o por el dueño de un puesto verbenero de tiro al blanco. ¡Quién va a imaginar que pudiera vestir el levitón académico y leer cualquier día su discurso de ingreso sobre la genealogía de los Buendía!

Al escribir la palabra fin de la novela **Cien años de soledad** decidió que había terminado con el mundo mágico de

Gabriel García Márquez habla de Política y de Literatura

* En 1955 estuve en Madrid, de paso para París. Al llegar al aeropuerto, un policía muy amable me dijo que podía quedarme si quería, pero por lealtad hacia mis compañeros, decidí continuar el viaje. Tres años después, eran esos mismos compañeros quienes se venían a España. Sí, para los latinoamericanos, París ha representado, desde la guerra, el papel que antes representaba Madrid. Ahora, Madrid está otra vez en Madrid. Es curioso: en Venezuela, en Perú, soy un extranjero; aquí, no.

* El boom de la narrativa latinoamericana tiene causas fundamentalmente políticas. Antes de que se produjera, había en América escritores tan valiosos como Cortázar, que empezó a escribir antes de 1950, o Carpentier, que lo hizo mucho antes, y nadie se ocupaba de ellos. Por otra parte, no se puede hablar de una novela latinoamericana, sino de diversos novelistas latinoamericanos, cada uno de los cuales sigue su propio camino. Cuba los ha conexionado, creando una conciencia americana.

* Antes que Asturias el premio se lo merecían Neruda y Borges, por este orden. La postura política de Borges es más honrada que la de Asturias, quien se ha vendido para conseguirlo. Pobre viejito! Yo digo que el ser tan honestamente conservador ha privado a Borges del Nobel.

* A Vargas Llosa, los estudiantes le roban las camisas, las corbatas, los zapatos, todo lo que encuentran, para guardarlo como recuerdo. Una chica a la que le firmó un autógrafo en un brazo, se presentó tres días después en el aeropuerto a despedirlo, con el brazo sin lavar, y le preguntó a un fotógrafo qué tenía que hacer para que no se le borrara la firma. ¿Te lo quieres creer? En mi pueblo quisieron levantarme una estatua, pero yo me negué por miedo a que la decapitaran dentro de cuatro o cinco años. Los latinoamericanos necesitan líderes y creen haberlos encontrado en los escritores. Mira, en los coloquios a que asisto, sólo me hacen preguntas políticas. ¡Vamos por el poder! ¿No? El peligro está en que cuando se den cuenta de que un escritor es sólo un escritor, se sientan decepcionados y nos apedreen. Los jóvenes piensan que tenemos poder y dicen: "Pues si tienen poder y tamaños, que se queden aquí, con nosotros. (Como se sabe la mayoría de los principales narradores de la generación de García Márquez vive actualmente en Europa). Ya no participo ya en ningún acto público, para evitar confusiones. Quien tenga curiosidad por saber lo que pienso, que lea mis libros. No quiero decepciones. La última vez que estuve en mi tierra, los diarios me exaltaron, y entonces

los jóvenes gritaron que yo me había vendido a la oligarquía y a la CIA. Me vi obligado a exigir que se publicara en los periódicos un artículo con gran lujo de fotos en el que decía que el Gobierno persigue a la cultura...

* En Latinoamérica, cuando se quiere saber si alguien es de izquierdas o de derechas, basta con preguntarse si está o no con Cuba. ¿Sabéis que los cubanos dicen: "pervivimos gracias al franco-leninismo"? Para Cuba, este es el momento más difícil, no el de Bahía Cochinos. Fidel ha resistido el cerco de USA, pero no puede resistir el cerco de la URSS, que, para mantener el nivel de vida de su país, tiene que extender sus mercados, tratando con los gobiernos oligárquicos latinoamericanos. Con la muerte del "Che", Cuba ha perdido su Vietnam. Los campesinos y obreros latinoamericanos lo ingorran todo de Cuba. Los diarios funcionan para cerrar el paso a toda información sobre la isla. Por su parte, los intelectuales engañaron a Castro, ocultándole esta situación. Castro está harto de ellos, pues no le sirven para nada. Pasan quince días en La Habana, viviendo a cuerpo de rey en un hotel, a costa de la Revolución, y luego firman un manifiesto. Pero no cogen un fusil...

(De Índice)

Macondo, que lo acompaña desde hace veinte años. Macondo ya existía cuando, en 1948, escribió *La siesta del martes*, cuento que figura en *Los funerales de la Mamá Grande*. Desde *La hojarasca* a *Cien años de soledad* no ha hecho sino desarrollar, tejer y destejer la historia de un pueblo y de sus habitantes, que concluye en 1928, precisamente el año de su nacimiento.

García Márquez conoce todas las calles de Macondo, la biografía, las manías y los gustos de todos sus pobladores. Sabe de memoria capítulos enteros. Sabe, sin lugar a error, que el coronel Aureliano Buendía tuvo 17 hijos varones de 17 mujeres distintas, escapó a 14 atentados, a 73 emboscadas y a un pelotón de fusilamiento; que Fernanda un día perdió su anillo matrimonial, y Ursula lo encontró en una repisa del dormitorio de los niños; que Don Sabas tomaba sacarina; que César Montero mató a Pastor, el clarinetista amante de su mujer, de un tiro de escopeta.

Conoce mejor a sus crituras que esas viejas y solteronas que conservan las historias familiares de generación en generación. Ha leído y releído sus libros, gestados a lo largo de veinte años, y los ha corregido y rehecho hasta nueve veces (*El Coronel...*) antes de publicarlos.

Hoy García Márquez se encuentra en una de las situaciones más críticas de su vida: Macondo, el mundo circular y cerrado en el que ha vivido hasta ahora, queda atrás; no volverá nunca más a él, se ha prometido. Atrás quedaron París, y Caracas, y Nueva York, y México; pero aquello fue más fácil que hoy, porque Macondo viajaba con él. Hoy es diferente. No hay problemas de deudas. Sudamérica le liquida cada seis meses una suma de 6.000 dólares por la venta de sus obras en Buenos Aires. *Cien años* acaba de publicarse en Roma; está a punto de salir en París; se imprime en Bucarest, en La Haya y en Helsinki; aparecerá en enero próximo en Nueva York, *El Coronel* ha sido traducido al francés, está a punto de aparecer en inglés, en alemán y en italiano. Mercedes-Ursula cuida de la casa y administra los francos, las libras, los dólares, los florines que llegan.

Yo sé que cualquier cosa que ahora publique se venderá tanto como *Cien años*; pero si no es buena, se acabó, dice Gabriel. Se ha propuesto matar su estilo para poder crear uno nuevo. Y para ello, escribe todos los días, de nueve de la mañana a tres de la tarde; como un empleado de banco, en la mesa franciscana de su despacho. Escribe cuentos para niños que luego lee a sus hijos, Rodrigo, de nueve años, y Gonzalo, de cinco.

Yo no creía que tuvieran importancia ni valor; los consideraba un simple ejercicio para desinfectar mi estilo. Pero Mario (Vargas Llosa) los leyó y se llevó



**Si el calor
te tiene frito,
haz paletas
de gansito.**

uno para Londres. Otro lo deben haber ya publicado en Cuba, explica.

La improvisación no existe para este escritor, que tiene la meticulosidad del artesano. Aún no sabe exactamente lo que quiere, lo que va a ser su futura novela, pero, dice, yo sé lo que no debe ser para no parecerse a *Cien años*. Incluso tiene ya el tema y el título. Es un tema que viene gestándose desde hace una docena de años, el de la soledad del déspota, un dictador hispanoamericano. Su título, *El otoño del patriarca*.

—Es el monólogo de un dictador que está a punto de ser juzgado por un tribunal popular. Un hombre que ha gobernado su país durante 120 años.

Hace ya tiempo casi concluyó la novela. Escribió doscientas o trescientas páginas. Pero las destruyó.

—Durante años he venido reuniendo anécdotas e historias de dictadores. Ahora debo olvidarlas todas antes de empezar a escribir. Será difícil crear el prototipo de este personaje mitológico y patológico de la historia latinoamericana.

Gabo García Márquez expresa su preocupación: es difícil inventar algo, por monstruoso o fantástico que sea, que no haya sido ya hecho por algún dictador hispanoamericano: Rafael Leónidas Trujillo, Tiburcio Carias, Henri Christophe o Alexandre Pétiou, Manuel Estrada Cabrera, Juan Vicente Gómez, Belzú o Melgarejo...

—Supongo que a ninguno de ellos se le habrá ocurrido asar a su Ministro de la Guerra y servirlo enterito, en bandeja de plata, con uniforme y condecoraciones, en un banquete de gala al que habíamos sido invitados los embajadores y los obispos. Tú que sabes de esto, ¿conoces algo parecido?

Desechamos los temores de que pueda existir una protesta diplomática por plagio histórico, aunque no la idea de que es preciso escribir pronto la novela, no sea que entre tanto alguien la ponga en práctica.

García Márquez predice: Tengo que seguir inflando el globo hasta que estalle. O hasta que yo reviente.